

## Ante la ausencia de un análisis estructural social

**E**l 13 de marzo de 1980 pasará a la triste historia del actual proceso político como una de las más graves enfermedades que padece la izquierda española. Víctima de lo que Carlos Marx en el 18 de Brumario denominaba como cretinismo parlamentario — "enfermedad que aprisiona como por encantamiento a los contagiados en un mundo imaginario, privándoles de todo sentido, de toda memoria, de toda comprensión del rudo mundo exterior" —, cala en la paranoia de creer en la posibilidad de hacer quebrar a Unión de Centro Democrático mediante una votación en el Congreso de los Diputados. Ilusión que duraba bien poco, alimentada por algún medio de comunicación, porque al filo de la medianoche la realidad mostraba una vez más su testarudez: los Fernández Ordóñez, Garrigues, Clavero y Pujol cerraban filas lógicamente con el proyecto legislativo de la clase a la que pertenecen y defienden con tanta pasión, interés e inteligencia como el presidente del Gobierno.

Así finalizaba este sueño parlamentario de unos políticos de izquierda que, con demasiada frecuencia, confunden las Cortes con la Cámara de los Comunes o el Bundestag, olvidando a menudo que estamos aquí y ahora. Lo que hubiera sido posible durante el proceso constituyente y quizá pueda ser probable mañana — la alianza o compromiso con una parte de la derecha. Si la derecha fue una al imponer como imposible hoy cuando se trata de consolidar la salida económica de toda la derecha. Si la derecha fue una al imponer su vía política para salir de la dictadura, cómo no va a ser una en el momento de imponer su vía económica para salir de la crisis en la que se encuentra el sistema. Olvidar este misterio no santo de la trinidad de la derecha española — tres en sus organizaciones políticas nacionales y triple en su fraccionamiento interno —, que en lo sustancial no es más que una, lleva a la más plena impotencia política.

La caída o derrota de UCD, o de la derecha hablando en plata, empieza a ser un tópico tan manido y gastado como el utilizado durante cuatro décadas acerca de la caída de la dictadura. Nuestro retorno a los viejos tiempos es tan acelerado que hasta reaparecen los viejos clichés o estereotipos políticos en el seno de la izquierda. Mal precedente que puede ser sintomático si no se acaba por comprender que, al menos a corto y medio plazo, Unión de Centro Democrático y los intereses socioeconómicos de la derecha están tan ligados como la uña a la carne. No se trata de ignorar las contradicciones internas de la derecha, sino de entender que hoy la contradicción fundamental entre las dos clases principales de nuestra sociedad se encuentra también en primer plano a la hora de elaborar el modelo de salida económica.

### La realidad y el deseo

Y la referencia al franquismo no está de más no sólo por ser el partido gubernamental el heredero legítimo de la dictadura, dado que puede ayudar a superar esta visión catastrofista de la actual coyuntura. Al igual que en la anterior situación totalitaria hubo en la izquierda quienes no llegaron a captar nunca que la dictadura franquista no era más que la expresión política necesaria entonces para el

EUROPA



El presidente del Gobierno ya ha girado a la derecha todo lo que se podía; ir más allá sería traspasar la frontera que separa la democracia de la dictadura.

## LA PARANOIA DE LA IZQUIERDA

**FERNANDO LOPEZ AGUDIN**

dominio económico de la derecha, en la presente situación sigue habiendo quienes no acaban de comprender que la involución política autoritaria es un proceso igualmente necesario para consolidar esta hegemonía económica.

No existe en estos momentos una derecha reaccionaria que se enfrente a una derecha dinámica. Por el contrario, en esta coyuntura, por encima de sus contradicciones no antagónicas, es toda la derecha la que apoya este proceso de reordenación del sistema democrático recién instaurado. La afirmación de Fernández Ordóñez en la noche del jueves — "no quiero producir con esta votación unos efectos políticos que de ninguna manera

deseo" — es lo suficientemente elocuente. No es que los corderos de UCD se hayan vuelto lobos, sino que la esperanza de dividir hoy a la derecha es una idea completamente inconsistente basada en la premisa errónea de que la modificación o no de su programa económico es una cuestión moral — la de ser lobos o corderos — y no una cuestión política determinada por factores económicos. Es por eso que este deseo político no engarza con la realidad económica.

Que este programa no es el de la izquierda es evidente. Que está determinado por la ley del beneficio y de la plusvalía es más que evidente. Que sus soluciones no son eternas, ni definitivas y que al cabo de un período se replantea el problema, a otro nivel y en otros términos, es superviviente. Pero no lo es menos que presentar esta alternativa económico-política de toda la derecha como prendida de un alfiler al que un ligero soplo parlamentario de una izquierda sin alternativa puede derribar, tiene muy poco de común con la realidad.

### El síndrome de la caída

De ahí que sea completamente indiferente que siga o caiga Adolfo Suárez, venza o pierda este o aquel clan interno del partido gubernamental. En cuanto al presidente del Gobierno, ha girado ya todo lo que se podía girar a la derecha; ir más allá sería traspasar la frontera que separa la democracia de la dictadura, y bien puede continuar o bien puede ser depurado una vez cumplido su papel involutivo. No tiene la menor importancia. Hay que recalcarlo porque, correlativamente con esta visión de la derecha como si fuese un poblado del Far West, va pareja una propaganda que califica de picaros o sinvergüenzas a los políticos del Gobierno. Y ello es completamente distorsionador, dado que tergiversa la realidad y no ayuda a comprender nada de lo que sucede. No se está delante de unos chorizos — qué más quisiera la izquierda —, sino ante los representantes políticos de una derecha que no sufre ninguna clase de paranoia o neurosis, sino que son completamente lúcidos, inteligentes y coherentes en el terreno de la lucha de clases. No se está delante de un problema moral, sino de un problema político y eminentemente económico.

Lo más grave de esta paranoia, que rehúye ver las contradicciones reales para continuar justificando una determinada perspectiva, es que no sólo tiene causas objetivas, sino también subjetivas. Las primeras, producto de la salida de la clandestinidad y de la adaptación a la legalidad, son superables con mayores o menores costes; pero las segundas, que derivan de la decisión de no querer extraer las consecuencias políticas que se desprenden de la realidad, pueden acabar por transformar a la izquierda en un patio de locos. ■